

entendido que la contricion de los pecados no debe ser pasajera, sino que debe durar toda la vida: así lo sienten los doctores de la Iglesia. Siendo el pecado siempre aborrecible, dice santo Tomas, es necesario aborrecerlo siempre (1). Este es el único medio de tener en paz nuestra conciencia.

Ya habéis visto cuánto debe durar la contricion. Pero, cristianos, creéis vosotros esta verdad? ¿Estáis bien persuadidos que debéis vivir en esta compuncion de corazon hasta la muerte, sin dar tregua alguna á vuestro dolor, que vuestra penitencia no debe tener otro término que el de vuestra vida? Ay! penitentes, penitentes (si es que lo sois en la realidad y no en la apariencia), pensád seriamente en esta verdad: que debéis detestar vuestros pecados, aborrecerlos y dejarlos para siempre: *Poenitentes, poenitentes, si tamem estis poenitentes, et non irridentes, mutate vitam*, os dice san Agustin (2). ¿Á qué fin acercaros con tanta frecuencia á los confesonarios, si no lleváis ni dolor de vuestros pecados, ni deseo de convertirlos? ¿Y de qué os sirve humillaros un instante, perseverando siempre en vuestros desórdenes, sin querer mudar de vida? *Quid prodest, o poenitentes, continúa san Agustin, quia humiliamini, si non mutamini?* Pidamos á Dios incesantemente este espíritu de penitencia: digámosle con frecuencia, á imitacion de un santo obispo: *Da, Domine Deus meus, cordi meo poenitentiam, spiritui contritionem, oculis lacrymarum fontem* (3). Ay mi Señor y mi Dios! penetrád mi corazon de un vivo arrepentimiento de haberos ofendido tan gravemente; criád en mí un nuevo espíritu que comprenda la enormidad del pecado y que se llegue á afligir sensiblemente; concedédme, si os agrada, los sentimientos de penitencia y de contricion que me son tan necesarios para borrar mis pecados, para obtener perdon de ellos, para ser admitido á vuestra gracia y merecer la dicha de poseeros eternamente. Así os lo deseo, etc.

(1) *Th. 3. p. suppl. q. 4. a. 1.* (2) *Homil. inter. 50. v. 41.*
 (3) *Anselm. Or. 10.*

HOMILÍA.

NO ATREVIÉNDOSE LOS INCRÉDULOS

Á IMPUGNAR LA DOCTRINA DE JESUCRISTO,

DIRIGEN LOS TIROS CONTRA SUS MINISTROS.

PARA LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Quidam autem ex eis dixerunt: in Beelzebub principe dæmoniorum ejecit dæmonia.

Mas algunos de ellos dijeron: en virtud de Belzebú, príncipe de los demonios, lanza los demonios.

S. Lucas, c. 11. v. 15.

Entre tantas calamidades y miserias, con que de algun tiempo á esta parte nos aflige la providencia, siempre justa, de nuestro Dios, llama muy particularmente mi atencion y derrama en mi espíritu un extraordinario sentimiento el odio decidido y la persecucion diabólica que sufre la verdad, pues temo llegue á hacerse por este medio mas perjudicial que provechoso el sagrado ministerio de anunciarla. Yo veo en la historia sagrada las causas que por lo comun esterilizan este grano misterioso, sembrado en diferentes partes de la tierra; pero en ninguno de sus libros alcanzo á ver un terreno de tal manera ingrato, que corresponda al trabajo, al esmero y á los continuados sacrificios del cultivador, con un odio implacable, con

(1) En la página 80 del tomo cuarto de los sermones de *Mision* hay uno tambien de González, para este dia sobre que es sumamente difícil, aunque no imposible, levantarse de las recaídas en la culpa.

unas injurias insoportables, con una persecucion inhumana. ¿Dije no haberlo visto en libro alguno de los que componen la historia sagrada? He dicho mal: en el Evangelio que la Iglesia tiene destinado para este dia, se halla un ejemplo demasadamente expresivo. El grano, de que habla la parábola, significa, segun la explicacion del mismo Jesucristo, la palabra de Dios, por la que se manifiestan á los hombres las mas grandes é interesantes verdades. La primera y principal entre todas estas es sin duda alguna la que demuestra la divinidad del Salvador.

Para persuadirla este maestro celestial ofrece, despues de muchos otros medios terminantes, una prueba la mas irrecusable, obrando á presencia de las turbas en un solo acto cuatro milagros, que no pueden ménos de arrebatár la admiracion de aquella multitud. Un ciego recobra la vista, un sordo el oído, un mudo el uso de la palabra, un miserable poseído del demonio la libertad. Tan raro como admirable prodigio, que es de suyo suficiente á evidenciar en el mundo entero la divinidad del Mesías, y convertir á su fe, á su gracia, y convidar por este medio á su gloria á sus mas ciegos enemigos, se convierte por la perversidad de los judíos en ocasion de su última desgracia; porque no pudiendo dudar del hecho, se aumenta imponderablemente su odio contra él, le insultan enfurecidos, le calumnian en público, y le dicen con blasfemo descaro, que lanza los demonios en virtud de Belzebú príncipe de ellos. Atroz insulto, que completa su ceguedad y hace que sea mas obstinado su empeño de perseguirle, hasta acabar con su inocente vida!

Si los fariseos de nuestros dias dieran crédito, como deben, á los irrefragables testimonios de las Escrituras santas, esta sola relacion seria suficiente á convencerlos de la injusticia con que aquel pueblo ciego é ignorante correspondió á los beneficios de su libertador, y les daría motivo para prever la enorme desgracia, de que se ven amenazados los que tienen la imprudencia de imitar tan detestable conducta. Cuanto esté de mi parte, procuraré demostrar estas verdades por si de algun modo consigo salvar de tan inminente riesgo á los que en él se hallan, y evitar la caída de los que hasta ahora afortunadamente se han preservado.

Dignáos, Señor, sacarnos de la tiranía del demonio y poner expeditos nuestros sentidos y potencias, para que conociendo la fuerza de la verdad, la abracemos, como que de esto de-

pende nuestra felicidad, sin atender al conducto por donde se nos comunica. Con este objeto implora en favor nuestro los auxilios del Espíritu santo nuestra protectora y abogada. *Ave María.*

Demostrada de modo que no puede ponerse en duda, la divinidad de Jesucristo y de su Religion adorable en los milagros obrados expresamente á este fin por su omnipotente Fundador, por los apóstoles, por los mártires y por una multitud innumerable de santos de los primeros siglos de la Iglesia, ninguna necesidad tienen al presente los ministros del Evangelio de reproducir aquellas pruebas para exigir de los fieles, cualquiera que sean su categoría, su edad y circunstancias, un firme asenso á las verdades reveladas. Los misterios y dogmas, los preceptos y obligaciones que les predicán, son sin la mas leve diferencia los mismos que por su divina boca anunció á los hombres el Doctor y Maestro universal. Su verdad no depende del cielo, de la eficacia ó de la claridad con que los anuncia el sacerdote, sino que les viene precisamente de la sabiduría y veracidad infinita de aquel Señor que se ha dignado revelarlos. Sin embargo puede asegurarse con fundamento, que los sacerdotes reproducen con frecuencia los milagros que hoy nos recuerda la Iglesia obrados por Jesucristo; y aún, lo que parece repugnante, que son mas útiles é interesantes, aunque no tan palpables y ostentosos. Dirigidos por la gracia infinitamente poderosa del Señor, pues no alcanzan á tanto las fuerzas todas de la naturaleza, hacen en el espíritu del pecador lo que Jesucristo en el cuerpo de aquel miserable que se hallaba poseído del demonio. Consiguen abrir sus ojos á la luz clarísima de la verdad y sus oídos á las penetrantes voces del desengaño; poner en movimiento su lengua, para que manifiesten sus culpas por medio de la confesion y se entreguen á una oracion fervorosa, continuada y saludable; desatar sus manos, para que se ejerciten en la práctica de las virtudes cristianas, y sus piés, para que puedan caminar sin estorbo ni dificultad alguna por la estrecha senda que conduce á la mansion del descanso; y lanzando de sus almas al pecado y al demonio que las poseían, y rompiendo las cadenas con que las tenían esclavizadas, dejarlos en ple-

na libertad, para que puedan entregarse á los ejercicios de piedad y Religion cristiana.

Tan estupendos prodigios exigen una justa gratitud de los que tienen la felicidad de experimentarlos, é infunden una santa admiracion en el pueblo fiel, que advierte un cambio tan glorioso como inesperado. Unos y otros dan respectivamente á Dios la adoracion y la gloria que les permite la debilidad de sus fuerzas, bendicen sus imponderables misericordias y se ocupan gustosos en tributar respetuosas y humildes acciones de gracias á aquel Dios bueno, que se ha dignado conceder á los ministros de su Iglesia una potestad, de que carecen los ángeles que asisten delante de su trono en el cielo. Bien diferente es por cierto la conducta del ciego y orgulloso fariseo. No pudiendo sufrir su soberbia que los católicos hagan el justo aprecio de las bellas excelentes cualidades que á él se le niegan, y viendo que la arreglada conducta que observan sus hermanos, es el fiscal mas severo, el mas continuo, rígido é insoportable censor de la suya; y no teniendo por otra parte toda la insolencia necesaria para impugnar á cara descubierta una doctrina que detesta, no obstante la infernal hipocresía con que exteriormente finge aprobarla, declama con la mas diabólica malignidad contra los ministros que le enseñan y exhortan á su cumplimiento, censura todas sus acciones, aún las mas inocentes, critica su conducta, descubre sus defectos, aún los mas leves, y considerando insuficientes estas arterías para realizar sus inicuos planes, se arroja á inventar las mas atroces calumnias; imputa al estado las debilidades casi siempre exageradas de alguno de sus individuos, y como si tuviera una completa seguridad del triunfo, exclama: *in Beelzebub principe demoniorum ejecit demonia*. No le es posible negar, ni aún poner en duda, la verdadera iluminacion del ciego, la curacion del mudo, la libertad del que habia visto poseído del demonio: conoce que seria el mayor absurdo, la mas necia temeridad tratar de persuadir á cualquiera que use de su razon, que semejante curacion no es un beneficio digno del mayor aprecio, una obra que excede las fuerzas de la naturaleza: el empeño solo le haria sospechoso, le atraeria el odio ó el desprecio universal. Así es que observando, al ménos en público, un misterioso silencio acerca del hecho, dirige sus envenenados tiros contra el autor; ó para hablar con mas claridad, no atreviéndose á impugnar pública y

abiertamente la verdad de una obra tan prodigiosa, agota los tesoros de su elocuencia en desacreditar á los ministros que la predicán.

Ay, señores! Jesucristo no ha dejado de ser perseguido, aún despues del sacrificio del Calvario, porque no ha cesado con su muerte la predicacion de su doctrina. Una porcion de fatuos ha tomado á su cargo la defensa y la prosecucion de la conducta de los fariseos, sin advertir que sus tiros contra los ministros del Evangelio demuestran con la mayor evidencia la divinidad de su mision y de su doctrina, así como los de aquellos contra Jesucristo patentizaban la divinidad de su persona. Pero consolémosnos, venerables hermanos, consolémosnos al vernos hechos el blanco del desprecio, de la irrision, de la sátira, de la maledicencia, de la calumnia. El Santo por esencia, el infinitamente Santo lo fué ántes que nosotros, y no es justo que el discípulo sea mas privilegiado que el maestro. Él mismo nos lo habia dicho en su Evangelio (1): *non est servus major domino suo: si me persecuti sunt, et vos persequentur*. Y si apénas hubo vicio alguno, que aquellos insensatos no imputaran á Jesucristo, ¿por qué se ha de extrañar que se nos imputen á nosotros aún los mas horribles crímenes, si no falta quien sigue los planes de aquellos? Sin embargo no llevaréis á mal que os recuerde, que os inculque la exhortacion del Apóstol (2), pues en pocas circunstancias será mas urgente la necesidad en que nos hallamos de ponerla por obra. En las tribulaciones, en las vigiliás, en los ayunos, finalmente en todas nuestras obras, así interiores como exteriores, debemos conducirnos de modo que nuestra conducta sea un testimonio irrecusable de nuestra inocencia, de la elevacion de nuestro ministerio, de la divinidad de nuestra doctrina, y al mismo tiempo de la perfidia de nuestros calumniadores. Poco importa nuestra fama en particular: de aquí á pocos momentos se ha de poner de manifiesto la verdad, y la justicia de un Dios, que todo lo ve y todo lo sabe, ha de dar á cada uno su merecido; pero es de sumo interes el honor de nuestro ministerio. Por las entrañas de Jesucristo evitemos cuanto pueda dar motivo ú ocasion á los fariseos modernos para desacreditarlo. Desacreditado es del todo inútil, é inutilizado es en gran manera perjudicial. Sacrifiquemos gusto-

(1) Joann. c. 15. v. 20. (2) II. ad cor. c. 6. v. 3. et 4.

tos todo cuanto sea compatible con las necesidades indispensables de la vida, por sostener y transmitir íntegro á la posteridad el honor del sacerdocio y la gloria de su divino Fundador: *ut non vituperetur ministerium nostrum.*

Es de temer que á pesar de todos nuestros esfuerzos, no lleguemos á convencer y persuadir á nuestros incrédulos; por el contrario, exclamarán cada vez mas enfurecidos: *in Beelzebub principis dæmoniorum eiecit dæmonia*: son unos hipócritas, aparentan unas virtudes que no tienen, para vendernos con mas facilidad como divina y celestial una doctrina que es suya propia, y anunciada con el fin de que todos contribuyamos sin repugnancia á la satisfaccion de sus infames pasiones. Si no producen buen efecto las diligentes indagaciones que hacen por descubrir en nuestra conducta verdaderos crímenes, no tendrán reparo en inventarlos; la marmuración será reemplazada por la calumnia, y cubriendo esta con el fingido velo de un santo horror al pecado y de un celo ardiente por el bien espiritual de los fieles, le darán una escandalosa publicidad, valiéndose siempre para ello de los medios ménos sospechosos; cuanto mayores fueren nuestro celo y nuestra virtud, tanto será mayor el encono con que procuren desacreditarnos. Mas como nosotros tratemos de ser irreprehensibles, Dios hará que quede sin efecto su maledicencia; y si por algunos momentos consiguen mancillar nuestra reputación, servirá para ceñirnos en el cielo la mas preciosa é inmarcesible corona. Entre tanto trabajemos infatigablemente por reproducir los prodigios de que nuestro divino Maestro nos da ejemplo en este dia. Vengamos nuestras ofensas, dando vista á los ciegos y poniendo expeditos los sentidos de estos infelices, para que conozcan que solo por cerrar la puerta á sus odiosas cavilaciones, nos abstenemos de proponer todas aquellas verdades, que de modo alguno pudieran favorecer nuestros intereses.

Pero no es razon tampoco que por medio de un silencio criminal demos ocasion á los verdaderos cristianos, para que supongan ser ciertas las acusaciones de aquellos. Así cuando con la mayor acrimonia vomiten nuestros enemigos el veneno de la maledicencia, contestémosles compadecidos, pero con resolución, haciendo la misma réplica que Jesucristo á los fariseos: *fili vestri in quo ejiciunt?* En nombre de quién os hablan vuestros semejantes? Esos necios amadores del mundo que os ex-

hortan á seguir sus máximas corrompidas, á confiar en sus tesoros, á gozar sus deleites, á seguir sus vanidades, ¿de qué Dios se suponen profetas? El Evangelio nos asegura ser del todo incompatible el servicio de Dios con el amor del mundo: Dios exige de nosotros el odio á cuanto el mundo ama, y el amor, el ejercicio de cuanto el mundo aborrece. Por consecuencia no es posible que hablen en nombre del Señor los que os aconsejan que debéis conformaros con los deseos, con las máximas, con las obras del mundo.

Pero la vida de los sacerdotes está en oposicion con su doctrina. No quiero detenerme á demostrar que ya previó y dejó desvanecido este sofisma el mismo Jesucristo: quiero argüiros directamente. Cualquiera que sea nuestra conducta, nunca será capaz de falsificar la doctrina que os anunciamos, porque es la doctrina revelada por el mismo Dios; la misma que anuncian, hablando como ministros del Evangelio, todos y cada uno de los sacerdotes, aún aquellos que desgraciadamente se conforman en todo ó en parte con vuestras máximas: los defectos, los vicios que podamos tener, son nuestros, pero la doctrina es la palabra del mismo Dios. Esta, esta es, para hablar sin rodeos, la que os molesta, la que os indigna, la que se os hace insufrible. Contra esta se dirigen vuestros tiros, no contra los pecados de los sacerdotes, que no os parecen muy reprehensibles en otras personas, y mucho ménos en vosotros. ¿Puede darse intencion mas páfida, mas injusta, mas detestable? Esterilizar el grano de la divina palabra, hacer enmudecer á los pastores del rebaño de Jesucristo, privar á los fieles del alimento indispensable para la conservacion de la vida espiritual, es por cierto uno de aquellos crímenes mas enormes, que nuestro divino Salvador dice (1), no serán perdonados en el siglo presente ni en el venidero.

Hé aquí el funesto resultado de semejante conducta. Nadie, absolutamente nadie debe desesperar acerca de su salvacion, ínterin conserve la vida; pero debe temer esta desgracia como inevitable, si se empeña en repeler con intencion determinada las inspiraciones y llamamientos del Señor: esta es una de las señales de reprobacion que generalmente reconocen los Padres de la Iglesia y los teólogos.

(1) *Matth. c. 12. v. 32.*

La conducta del fariseo es una especie de misterio inexplicable, ó hablando con mas propiedad, es una continuada y manifiesta contradiccion. Coloca toda su gloria en aquello mismo, con que procura cubrir á los demas de ignominia. Esclavo de todos los vicios, que censura con la mayor vehemencia en los ungidos del Señor, quiere pasar en el concepto de sus semejantes por un modelo de todas las virtudes; pretende usurpar los elogios debidos á estos, haciendo que recaiga el vituperio sobre los verdaderamente virtuosos. Su soberbia quisiera desterrar del mundo los horrorosos cuadros, con que los predicadores evangélicos exponen á la vista de los fieles la deformidad espantosa del pecado, delineada con los mas negros coloridos; porque no puede ménos de ver en ellos un vivo retrato de sí mismo. Al oír una descripción tan exacta y circunstanciada, se le figura que todos le señalan con el dedo como el original de aquella copia. No puede sufrir que las razones, las amenazas, las promesas, con que procura el Señor atraer las almas al camino de la virtud por conducto del sacerdote, le arrebatan de entre las manos la inocente presa con que de seguro contaba ya para saciar su voracidad; y furioso y desesperado se vuelve contra él, le calumnia, y exclama en voz alta, animado del infame deseo de inutilizar las armas que le proporcionan tan gloriosos triunfos: *in Beelzebub principe demoniorum ejecit demonia*. Y ¿cómo es posible que la verdad santa resida en labios tan impíos? ¿Cómo ha de hablar Dios á los hombres por unos órganos tan abominables, que solo pueden ser instrumentos de Belzebú, que los domina y ha fijado en ellos su residencia? Lo peor es que se les contestaria en vano con las palabras del Salvador. No, de nada serviría preguntarles: *filii vestri in quo eji-ciunt?* En vano se les dirá, que siendo tan criminales los sacerdotes como ellos propalan, no pueden dar testimonio mas auténtico de su doctrina, pues condenan abiertamente sus mismas acciones, y pronuncian con anticipacion la mas terrible sentencia contra sí mismos. Todo es perdido: el fariseo de nuevo cuño pone todo su conato en apagar del todo la luz de la verdad, para que nadie pueda percibir la ignominia de que le cubren sus delitos, para que ninguno sea capaz de ver ni seguir el camino de la felicidad, que para él es impracticable. Enorme crimen! funesta desgracia! digna de la compasion y lágrimas de los verdaderos cristianos.

Pidamos, hermanos míos, su libertad, su remedio al Dios de las misericordias. Ejercitemos, venerables sacerdotes, todo aquello á que alcancen nuestras fuerzas; y animados de un santo celo por la gloria de Dios y la salud espiritual de estos infelices ilusos, procuremos abrir sus ojos y sus oídos, poner en movimiento su lengua, arrojar de sus almas al demonio que las tiene poseídas; y si para ello no alcanzan los esfuerzos ordinarios de las oraciones, añadamos el ayuno y la mortificacion. Presentémosles al Señor en el adorable sacrificio del Cordero inmaculado. Trabajemos por impedir la seduccion de las almas incautas, para que estas, aquellos y nosotros tengamos la satisfaccion de gozar un dia eterno la recompensa de la verdadera virtud. Amen.